



THIYU, EL MÁS GRANDE DEVOTO

Por Ada Albrecht

El *Rishi* Mandipani atesoraba en su corazón la vieja leyenda de Thiyu, el asceta, a la que él escuchara desde niño por boca de su mismo padre, otro bendito *Rishi* como él. Durante las serenas noches en los valles de los Himalayas ella era repetida de generación tras generación una y otra vez desde tiempos muy remotos. La misma decía así:

En la antigua ciudad de Kurmapura vivía un noble ministro de la corte junto con su esposa y su pequeño hijo Thiyu, a quien amaban desde lo más profundo de su corazón.

Según las costumbres hindúes, Thiyu debía casarse a temprana edad, y eran los padres quienes debían buscarle esposa entre las niñas del lugar.

Mencionemos aquí que esta costumbre ancestral tiene una noble razón de ser. Los hindúes piensan que un joven o una joven inmaduros no están capacitados para elegir su consorte, pues les falta experiencia. A menudo se equivocan, y yerran en su elección, lo que les causa un profundo dolor. Si ya están ca-

sados, muchas veces se debe acudir a la separación, lo que es todavía más penoso. Por esa razón, son los padres los que tienen el deber de ayudar a sus hijos, buscándoles una pareja adecuada como compañera o compañero que debe ser para toda la vida. Aún cuando los hijos son pequeños, los padres ya se dan a la tarea de buscarles pareja.

Es lo que ocurrió con Thiyu, quien visitaba a su esposa desde pequeño —sin saber que era su esposa—, ya que para él era una compañera de juegos. Así pasaron los años. Cuando fue mayor de edad, sus padres le dijeron que debía casarse y formar su hogar. Sin embargo, ante la sorpresa de todos, Thiyu no quiso hacerlo.

Sucedía que desde muy pequeño había sentido un gran amor por su abuelo paterno, con quien compartía diariamente largas horas de estudio y elevadas conversaciones. Su abuelo le enseñaba la historia de Krishna y los Pandavas con tanta vehemencia y amor que cuanto le decía era atesorado profundamente por su corazón. Krishna, Dios del Universo, era su Dios, y los cinco Príncipes Pandavas, devotos del Señor, eran su modelo a seguir. Thiyu se había propuesto amar a Dios-Krishna como lo amaban los Pandavas. Thiyu se decía que en la vida nunca daría un solo paso que lo alejara de su amado Krishna, y aceptar el casamiento propuesto por sus padres, hubiera sido poner distancia entre él y su idolatrado Dios.

Thiyu explicó detalladamente estas razones a sus padres, y también les pidió su bendición para hacerse monje renunciante.

Sus padres, aunque sintieron pena al saber que su amado hijo se alejaría de ellos, le concedieron su deseo porque bien sabían de la profunda devoción y claro discernimiento del joven.

Poco después se despidió de ellos con reverencia y afecto, abandonó su hogar y se hizo monje mendicante. Tras largas peregrinaciones, halló un lugar lleno de paz en medio de un bosque situado a orillas de un río sagrado. Allí construyó una humilde choza y se dedicó por entero al estudio de los Libros Sagrados y la meditación. Leía diariamente el *Srimad Bhagavatam* y el *Bhagavad Gîtâ*; se hizo amigo de la soledad y de la plegaria. Él no anhelaba otra cosa. Su mente se hallaba direccionada completamente al Cielo generoso de la Gran Realidad. Tanto amó su corazón a Krishna como Krishna amó el alma de Thiyu. Entre todos Sus Devotos, el Divino Señor prefería a Thiyu, porque Thiyu era sincero e inocente, su humildad y amor, infinitos.

Una noche, mientras descansaba, Thiyu vio acercarse un carruaje celestial. Era el bondadoso Dios Yama, el Dios de la Muerte y de la Perfecta Justicia, que venía acompañado por las

almas de Grandes Devotos de Krishna que en tiempos antiguos habían vivido sobre la Tierra.

—Thiyu —le dijo Yama—, estos Santos desean saludarte, pues con profunda alegría observan, desde las regiones siderales, tu comportamiento santificado por la Devoción más sincera y sagrada que ellos vieran jamás en hombre alguno. Se sienten felices por ello, y desean conocerte.

Thiyu no cabía en sí de gozo. Se inclinó ante sus benditos visitantes como una gota de rocío ante la majestad del océano.

Súbitamente se escuchó una música que parecía provenir de cada partícula del Universo. Piedras, montañas, flores, árboles, eran notas de cantos misteriosos que adornaban el trono de la armonía. La Vida del Mundo saludaba la llegada del Dios Indra y los *Devas* del Cielo, y por eso, cada partícula de esa Vida cantaba.

—Querido Thiyu he venido a visitarte junto con los otros Dioses, conmovido por el Amor que sientes por Krishna —dijo Indra, el Rey del Cielo—. Es muy raro en una criatura humana la posesión de semejante Fe, y más extraña aún es tu gigantesca Devoción.

La choza de Thiyu se hallaba totalmente iluminada por el esplendor de los *Devas*. El Universo y sus estrellas parecían

haber descendido a ese lugar, pero una vez más, alguien volvió a presentarse.

—Thiyu, yo he sido tu primera Madre —dijo el Alma de la Tierra—, y puesto que tu presencia me ha santificado, he venido a visitarte junto con los sagrados *Maharishis* y los *Devas*. Difícilmente se encuentre un alma como la tuya; cuando se logra hacerlo, el mundo de los sabios espirituales, de los Dioses y mi propio mundo, ingresan a la sagrada morada del Regocijo, y desde allí vienen a saludarte. Has renunciado a los regalos de la Madre *Mâyâ*. Ya no anidas en la Tierra. El árbol del Tiempo ha sido cortado por el hacha de tu Amor a Dios y la constante vigilancia de tu discernimiento. El árbol del Tiempo yace a tus pies, y con él, las cadenas que te ataban “a este mundo transitorio y aflictivo”. Eres libre, ahora márchate a tu Hogar. Hoy es el único día en la vida del mundo que llora el Amor. Lloro porque un Espíritu Rey ha logrado superar la dulzura de Sus abrazos y se ha tornado Uno con la Esencia de Dios.

Entonces se presentó en el lugar el más maravilloso de los carruajes celestiales, enviado por Dios mismo para recoger a Su amado Devoto.

Thiyu ascendió a él y se elevó a los más altos Cielos, donde pasó a morar por siempre en el Corazón de su Padre Amado.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura